

CARTAS A MI ABUELO

Palenzuela se eleva recostada sobre una colina árida y muy pelada por la erosión. Recuerdo, hace muchos años, haber visitado la casa de mis bisabuelos, alumbrada por dos o tres ventanas muy soleadas, desde donde se veía el valle del Arlanza; frente a la casa, las ruinas de una iglesia gótica. Después, no había vuelto más a Palenzuela.

No ha mucho, encontré, por uno de esos azares que a veces nos deparan las cosas, una colección de cartas escritas a mi abuelo materno por dos de sus hermanos que emigraron a Cuba y a Montevideo hace ahora justamente un siglo. Estuvieron ellas a punto de ir al fuego, acompañando a otros muchos papeles viejos, pero los salvé en un último instante, los clasifiqué y leí con paciencia, observando que en ellos latía candente una parte de nuestra historia patria con mucho más vida y vigor, como siempre pasa en estos casos, que en los relatos de un historiador. Entonces me dieron tentación de comentarlos. ¡Cuántas cartas como éstas —pensé— de seres tan anónimos y olvidados actualmente pudieran volver a vivir, acordándose de aquel ángulo oscuro de la habitación, donde el arpa de Becquer dormía!

Algo adverso o trágico debió haber pasado en la casa de mi bisabuelo Miguel, en Palenzuela, porque a los pocos meses de morir, todos sus bienes habían caído en manos de prestamistas o usureros, dejando a la familia en la indigencia.

Las primeras cartas comienzan a fecharse en Montevideo (Uruguay) y en Dorado (Cuba), por los dos hermanos más jóvenes de mi abuelo, que sellaban Ciriaco y Dominica. Ciriaco cuando se fue, apenas debía tener veinte años. Embarcó en La Coruña un día del mes de mayo, de ahora hace un siglo. Esperamos —dice en su primera carta—, unos días de calma hasta que el viento se levantó y nos hicimos a la vela. Todo lo que llevaba eran algunos míseros reales y una carta de recomendación para un tal Don Modesto que vivía a orillas del Plata y que le había entregado el capitán de un velero.

A los veinticinco días de navegación, el barco comenzó a hacer agua. «Ni la tripulación ni los pasajeros que nos vimos obligados también a trabajar con intervalo de cuatro horas, eramos suficientes para accionar las bombas». Una tempestad enorme nos había cercado. Las velas permanecían recogidas, y el capitán quiso presentar la popa a la tormenta, pero al intentar virar no pudo hacerlo. Todos nos veíamos devorados por los peces e implorábamos a la Virgen, hasta que pocas horas después, el día 24 de junio, el velero se abrió por medio al chocar con un fondo de arena junto a la isla de San Fernando de Noroña. Bien o mal, conseguimos salvarnos casi todos, pues el mar se quedó en calma, pero yo había perdido todo lo que llevaba. El Cónsul de España nos hospedó en el lazareto de la isla. El día 18 de julio, reembarcamos, esta vez en un vapor norteamericano, que nos dejó en el Brasil, frente a la Bahía, ciudad de aquel imperio. Para poder llegar a Montevideo, tuve que trabajar un mes. En aquel país me ví obligado a hacer una labor muy dura y sólo nos pagaban cuatrocientos reis, equivalentes a unos tres reales de salario, que si en España esa cantidad es hoy muy apreciable, en América, donde todo está muy caro, apenas tenía para pan, y me encontraba sin ropa, ya que la había perdido en el naufragio. No conseguía recursos para continuar hasta Montevideo, pero un día llegó a Bahía Don Casto Méndez Núñez, el famoso héroe del Callao, y me presenté a él consiguiendo me tomase en su fragata «Navas de Tolosa», partiendo el 12 de octubre, llegamos a Montevideo el 26, al amanecer. Mi viaje a América había durado mucho más que el de Cristóbal Colón. El trato en el barco era malísimo. Nos daban café a las nueve, y a las tres de la tarde un plato de fariña de Mancioca, que es una harina extraída de la raíz de un árbol y que suele darse para comer a los esclavos negros». «Abraza mucho a nuestra madre —terminaba esa carta—, echada hoy martes 26 en Montevideo».

La madre (su nombre no lo recuerdo) mi bisabuela, al ser desahuciada de su casa, se fue a vivir con un hijo sacerdote que se llamaba Fernando y que era capellán en un convento aislado y desértico de monjas benedictinas que llamaban de «El Moral», por tierras de Astudillo (Palencia). Yo recuerdo en mis años niños haber oído contar a una tía mía, que de ese convento extraían a veces oraciones, amuletos y otros objetos tocados en reliquias, con objeto de exorcizar a las brujas. Un día se rumoreaba que se hallaba embrujada la casa de un hortelano de Quintana del Puente que había pertenecido a mi familia, en la que apenas llegada la noche y se recogían en la cocina, comenzaban misteriosamente a caer guijarros por la chimenea. Se vigiló el exterior, no dando resultado alguno, pues las piedras como lanzadas por una mano extraña, seguían cayendo sobre el lar, sin que la hortelana pudiese preparar su cena. Dej

convento de El Moral consiguieron traer los supersticiosos del pueblo, sin permiso, por supuesto, de mi tío el capellán, unos grandes escapularios que impusieron a las mulas. Cuando se enteró Don Fernando, les dijo humorísticamente: Habéis hecho bien; claro es, que vosotros merecáis que os hubiesen puesto los collerones de las bestias.

La joven Dominica que creyó un momento haber sido agraciada el día 25 de noviembre de 1860 con aquel importante premio de mil reales instituido por Santidrián, gran impulsor de las finanzas españolas, para dotar a doce doncellas con motivo de la inauguración del ferrocarril Madrid a Hendaya, se casó poco después sin dote alguna con un tal Gutiérrez, un maestro de escuela que pasó por Palenzuela, y como allí no se podía vivir, decidieron emigrar a la isla de Cuba.

Mi abuelo Próspero (se llama como yo), probó fortuna en Burgos. Cuando su padre Miguel estaba en buena posición, todos los hermanos habían estudiado en este Instituto. Aquellos conocimientos y una fianza que obtuvo de seis mil reales, le permitieron hacerse Procurador de los Tribunales de Burgos, donde más tarde se casó.

Las cartas que los primeros años escribía Ciriaco desde Montevideo, eran muy frecuentes. Sentía verdaderamente la nostalgia de la patria y de la familia, y pensaba acaso no poder retornar por haber sido declarado prófugo en el Ejército. Aprovecha la salida de todo barco inglés para acudir al Consulado y depositar las misivas que debían llegar a la familia. Por lo que se desprende de la correspondencia, algunas cartas no se recibían. Entonces, con angustia, se veía obligado a repetir conceptos por ese temor de que no hubiese sido leído antes. «Mi mayor placer —dice— será poder ganar algo y enviarlo a nuestra madre para que recupere su casa de Palenzuela. Trabajo en el registro del comercio (debía ser la oficina). Lo que pueda ahorrar lo pondré a disposición de la familia. No es agradable dejar la patria, pero por lo menos, el que aquí trabaja, puede vivir, lo que en esos pueblos de Castilla no podríamos decir lo mismo, ya que solo, en adelante, una gran miseria me esperaba.

Mi abuelo, que ya de muy joven comenzó a darse cuenta de ese retrogradismo de un sector dominante español, que no era, ni mucho menos, fruto de la sana tradición, sino que él atribuía a una especie de colapso de las minorías de una sociedad encastillada en posiciones cómodas, echaba la culpa a la dinastía de los Borbones. Ante los necesarios cambios de rumbo en esa efervescencia tan vital propia del siglo XIX, se inició mi abuelo, por cierto muy moderadamente en los caminos políticos de la democracia y del progresismo. Sus primeros pasos los relata en las cartas que escribía a su hermano allende los mares. ¡Lástima que no las tenga! Pero por los comentarios de las

contestaciones y los textos de los historiadores, he podido revivir los principales acontecimientos.

Era el año 1865. Castelar, entonces catedrático, había escrito un artículo titulado «El Rasgo», zahiriendo a Isabel II y denunciando así el engaño. La situación de la Hacienda española era pésima y se habían emitido una especie de títulos del Estado para un préstamo urgente, el cual papel no se conseguía colocar de forma alguna. Entonces la Reina creyó tener un gesto (dicen que acaso lo hizo de la mejor buena fe, ya que probablemente esta señora no tenía como es lógico idea del valor del dinero), al ordenar enajenar en favor de las arcas de la nación las fincas improductivas del Patrimonio Real que eran muchísimas, (en Burgos concretamente las del Parral y algunas casas de Huelgss) y reservarse ella el veinticinco por ciento en efectivo. Esto la hizo aumentar en medio de todo, y en su exclusivo favor los caudales familiares.

En torno a la política incluso la de los monarcas que debiera ser en realidad la menos política, pero que lo era como nunca en aquellos años de intrigas y viejas luchas dinásticas, hay siempre aduladores que se complacen más o menos interesadamente, en incensar al gobernante o al soberano no pocas veces haciéndole caer en el engaño. Así el gesto de Isabel se hizo ver por aquellos hombres como algo que superaba al de Doña Sancha de Navarra o incluso al de Isabel la Católica al vender sus joyas para la empresa de Colón. Castelar que tenía un espíritu crítico, con jactancia mordaz denunció la falsía del gesto de la Reina en el artículo «El Rasgo», con la poco loable intención de dejar en ridículo a la Soberana. El aular, entonces apenas conocido, desempeñaba una cátedra de historia y se amamantaba de un espíritu Krausista muy en boga en la intelectualidad de su época. Por solidaridad con aquél dimitió Montalban el Rector de la Universidad y el poco tacto del sustituto provocó los lucuosos hechos de las algaradas de estudiantes y la célebre noche de San Daniel, aquel 10 de abril en el que hubo un centenar de heridos y una docena de muertos ocasionados por el choque de la fuerza pública con los estudiantes. Desde entonces, los tres años siguientes, fueron aciagos en preparación de pronunciamientos militares, incubándose una revolución que llegó sin retraso a su cita.

Este ardor de política violenta, parecía invadir especialmente todos los pueblos hispanos. El tío Ciriaco desde Montevideo relataba ampliamente con ellos se encontraban a veces aislados por la guerra contra el Paraguay y fechaba sus cartas en la República otienta del Uruguay. En el escrito del veinticuatro de julio del sesenta y ocho relatava además, cómo el gobierno de aquel país decretó una conversión forzosa del papel moneda avisando a los Bancos si estaban prontos a realizar los billetes en oro, a

lo cual contestaron que era imposible hacerlo de golpe. Se idearon unos créditos especiales y amortizables, pero que como todos esos manejos de la alta finanza llevaban consigo zancadillas y maniobras poco claras, de efectos aparentes pero en el fondo contradictorios. Consecuencia de aquella política se produjo entonces la quiebra de varios Bancos entre ellos el de Montevideo, arrastrando a muchos a la ruína y provocando el enriquecimiento de otros varios. Los arreglos financieros de Isabel II y de su Ministro de Hacienda resultaban muy complicados y difíciles con relación a aquellos otros mucho más vacíos de prejuicios jurídicos que se usaban por América y que no dejaron de escandalizar a una mentalidad tan honrada y cortada a la antigua como la de mi tío el joven indiano de Palenzuela.

Se había suspendido en 1868 el Carnaval de Montevideo. Amparándose en los disfraces asesinaron el año anterior al Presidente la República Venancio Flores. Mi tío se lamenta de esta supresión, pues según dice se divertía bastante aquellos días, pero se contentaron tomando «mate», una especie de hierbas cocidas que sabían a demonios y que usaban mucho en los territorios del Plata.

En esos días de carnaval que son los de pleno verano en aquel hemisferio se habían organizado comidas en una finca próxima a Montevideo. Aquel rancho estaba en la ladera de un monte bastante elevado desde donde dominaba la bahía y se hacían visibles las calles de la ciudad muy bonitas y uniformemente trazadas. Para festejar se «carneaban» —según expresión de los gauchos—, reses vacunas para comerlas asadas.

Estaba hartito —dice mi tío—, desde que llegué a Montevideo de no comer apenas otra cesa que carne, mucha carne, lo mismo al desayuno que a la comida que a la cena. En la fiesta del rancho se capturaba una vaca, se le abría en canal y se le asaba a la parrilla sin haber sido previamente desollada. Es una porquería —añade—, para quien no esté acostumbrado, y hasta dan ciertas náuseas el ir encontrando el cuero y los pelos del animal en cada trozo que se lleva uno a la boca, pero así son los banquetes en esta República del Plata.

Han empezado —dice— unos calores bastante fuertes y con ellos el cólera. «No se si éste se agravará, pues la guerra contra el Paraguay no tiene trazas de terminar. López el Presidente de aquella república, saca hombres de debajo de la tierra y se fortifica cada día mejor, para dar que hacer al Brasil y a nosotros, sus aliados».

También mi abuelo recibía cartas desde Cuba. Eran de su joven hermana, que estaba en las Antillas. En casi todas no habla de otra cosa que de los insurrectos de la Isla. Al principio, las cartas están fechadas en Dorado. Allí había emigrado la hermana Dominica con su marido y se de-

dicaban a la enseñanza. La pagaban bastante bien, noventa pesos por mes, pero la habitación — dice — nss cuesta veinte pesos.

Sin embargo, este sueldo les permitirá tener dos esclavas negras. «Estas esclavas — dice — me toman un poco el pelo porque yo no las azoto y las trato bien. Yo no puedo ver cómo se maltrata a estos pobres negros. Presencio, cada día, cómo sus amos, en el «Ingenio», les hacen bajar los calzones, después los azotan con látigos hasta hacerles sangre, y para que no se infecten y se les mueran, si todavía son fuertes y pueden trabajar, les lavan las heridas con alcohol y jabón. Sufren mucho, y luego de la bárbara flagelación permanecen varias horas tumbados boca abajo, exhalando alaridos muy lastimeros. Los frutos que aquí se dan son los de un edén, pero yo tengo mucho miedo a los insurrectos. Llevan todos un aspecto feroz, con su barba desaliñada, que sólo verlos causa espanto».

«Andan incendiando ingenios, fusilando a los que pillan y violando mujeres. ¡Figúrate si entran aquí! Yo soy casi la única mujer blanca del poblado. ¡Cuánto echo de menos mi tierra! Tenemos unos dieciocho mil reales ahorrados, y si conseguimos algo más regresaremos a Palenzuela. Yo también prometo ayudar a liberar la casa y las fincas de nuestro pobre padre».

Cuba, en efecto, aquellos años tenía aproximadamente un millón cuatrocientos mil habitantes, de los que casi un tercio eran esclavos y el otro tercio vivía miserablemente. El general Serrano y el general Dulce, sólo habían sabido producir para la historia unas frases muy patrióticas y muy bonitas (1), pero no habían dejado ningún buen recuerdo positivo. Probablemente su intención no era mala. A estos generales mi tía los calificaba de muy torpes administradores, y creía que su falta de tacto había producido la insurrección. Ahora con Lersundi tenían alguna esperanza, no mucha, porque esos combates de la guerrilla no acababan nunca y resultaban asoladores. Dominica estaba convencida de que los insurrectos recibían ayuda y armas de los Estados Unidos: «Se ve que los yanquis no se han debilitado con su guerra del Sur, que según parece debía haberles aniquilado. El Presidente Lincoln quiere abolir la esclavitud, como si eso fuese posible por estas tierras».

Las cartas siguientes las fecha en Sangua, es decir, en un lugar próximo: «Es un sitio alto, más sano que Dorado, entre dos ríos; estoy muy contenta. Es verdad que aquí no tengo esclavas, pero tampoco veo las atrocidades que presencié con los negros». «He leído — dice en su carta de 12 de septiembre de 1869 — que por ahí (se refiere a España) se han

(1) Se atribuye, no recuerdo si a Prim o a Serrano, con motivo de la insurrección de Cuba, esta frase: «A España se la vence, pero no se la compra».

levantado los Carlistas. Harto sea que no te hagan daño, querido hermano. Creo que los curas tienen bastante con cumplir su ministerio, para que algunos se metan en empresas guerreras (2), Ahora estoy mejorando, parezco una mulata; el clima de Dorado me dejó muy mal color», «Se que a Fernando le dieron una capellanía en el hospital de San Juan. Me alegro que salga de ese destierro del Moral y os juntéis todos en Burgos». «Aquí también hablan los periódicos de los partidarios de D. Carlos y de una causa que siguen a los obispos por desobedecer la orden que les dieron».

Otro día, mi abuelo, era a comienzos de 1869, recibe una carta de Montevideo: Por los periódicos veo lo exaltados que están los ánimos en las provincias de Andalucía, que no reconocen otra causa que el oro Borbónico, y si los que hoy representan la nación no son celosos por la paz de ella, no dudo que ese pobre país se convierta en otro campo de Agramonte, cuyas consecuencias serán funestísimas».

Se refería, claro es, a la revolución del sesenta y ocho, que tuvo por origen el pronunciamiento del general Prim en Cádiz y la huida a Francia de Isabel II.

Desde luego, con la salida de la Reina no se iniciaría, ni mucho menos, un período de paz constructiva. Se ve que la parte defectuosa de unas instituciones, con sus privilegios denodados que se resisten a perder, y de otra porción de causas más o menos culpables o simplemente fatales, se querían descargar sobre los Borbones por los progresistas revolucionarios, calificando injustamente a esa dinastía con el denominativo de «odiosa rama de los Borbones». La revolución no sirvió para nada positivo, pero los momentos románticos que se vivían entonces la hacían muy esperanzadora. Esos revolucionarios tenían algo de opereta, pues al parecer lo único que se trataba era de buscar otro monarca más digno que un Borbón, y votar una constitución que habría de jurar el Rey nuevo, a quien primeramente era preciso encontrar. Con aquella monarquía electiva, un poco al estilo de la visigoda, se pretendía dar al pueblo español una solución para que saliese de su miseria. En el fondo, jugaban el papel unos personajes llenos de vanidad; de valía alguno de ellos, pero que no resultarían ser ni más ni menos funestos en nuestra patria del siglo XIX que los que les precedieron y otros que después habían de sustituirles. Prim tenía las cualidades de ser un militar inteligente. Supo aprovechar ese malestar nacional para ir tanteando rebeliones militares previas que costaron muy crueles fusilamientos, precisamente entre algu-

(2) Hay que tener en cuenta que en esos años estaban todavía muy latentes los odios y rencillas que dividieron y habían de seguir dividiendo a los españoles durante la primera guerra carlista y que en parte también dividieron al clero,

nos desgraciados, como siempre los menos culpables. Prim poseía, además, dotes de político, y consiguió imponer la candidatura de don Amadeo, el Rey que él había elegido. Es verdad que no llegó a conocerle, porque al entrar el de Saboya en Madrid, lo primero que hizo, en aquella mañana nevada y fría del mes de enero, fue ir a inclinarse ante el cadáver asesinado de aquel que le había introducido. En el fondo, Prim no parece que fuese querido de nadie, pero esa animadversión con relación a los gobernantes, nos caracteriza mucho a los españoles.

De todas formas, el General tampoco tuvo al final mucha suerte. De haber vivido en una época menos romántica que aquella, probablemente se hubiese él mismo declarado Rey, como lo hacían los caudillos godos, y hubiese amañado una constitución a su hechura, a la vez muy progresista y muy retrógrada. Hubiese impuesto, desde luego, mayor autoridad, no obstante su ejemplo de hombre subversivo, y quién sabe si tanto el país como el General hubiesen salido mejor parados. Su manifiesto de 1868 empezaba así: ¡A las armas, ciudadanos! Los generales Serrano y Dulce, ilustres marinos, están a punto de llegar. Serrano es el que ha impulsado el movimiento, y tras de algunas palabras que ahora nos parecerían un tanto vacías, porque no todo lo que dijo tiene trascendencia histórica, terminaba exclamando: ¡Viva la libertad! Serrano, en efecto, llegó nostálgico de aquella isla de Cuba, llena de insurrectos incendiarios, de vómitos de sangre, de legiones de esclavos, pero llena, también, de rumbas y encantos tropicales; pesoso, empero, de tener que abandonarlo.

La carta fechada el 14 de marzo de 1869 en Montevideo escrita por mi tío Ciriaco, decía así: «Mi querido hermano. Estoy consternado con lo que me cuentas en la tuya 8 de febrero. Han asesinado al gobernador de Burgos ¡Qué horror! Aquí también los periódicos lo comentan. Parece increíble que el fanatismo conduzca a tal grado de barbarie. «Veo que desempeñas un cargo importante en el Ayuntamiento de Burgos y que te han nombrado en la comisión que condujera los restos del gobernador a Madrid. Veo también que perteneces a las milicias de los «defensores de la libertad». Cuida mucho tu pellejo, pues tu pérdida si sucediese, nadie nos resarciría de la desgracia».

Mi abuelo en efecto había sido designado entre los regidores de Ayuntamiento el primer día de enero de 1869 por veintitrés votos. En la sesión siguiente del 8 de enero, don Isidro Gutiérrez de Castro, gobernador de Burgos también juraba el cargo. Ya se notaba una oposición de mal cariz en la ciudad que según decían algunos con elementos fanatizadores. Un grupo de estudiantes pertenecientes al partido demócrata solicitaron, motu proprio, reforzar las filas de la milicia de los voluntarios de la libertad entre los que mi abuelo desempeñaba un importante cargo.

El gobierno transitorio de la revolución había decretado se hiciese un inventario de joyas y objetos de arte y también históricos que existiesen en las iglesias con el fin de sostener el patrimonio artístico nacional, dando lectura y ejecución a ese decreto que dictó Ruiz Zorrilla. Al acudir el gobernador a la Santa Iglesia Catedral se inició fulminantemente por uno de esos fenómenos inexplicables que acompañan a los motines algo así como una arenga hacia unos cuantos al parecer no muy numerosos, que parecían hallarse curioseando para presenciar la entrada de la primera autoridad de la provincia en el templo. Sin que nadie pudiese reaccionar algunos de esos individuos se acercaron a Gutiérrez de Castro derribándole y golpearon su cabeza en un arrastre por las escaleras de la puerta del Sarmental hasta dejarlo muerto. Se formó en seguida un bando de reacción, y cuando ambos contendientes iban a luchar, muchos de ellos armados, la intervención serena y convincente pero a la vez de amenaza dura y decisiva de la milicia de la libertad, entre los que se allaba mi abuelo, evitó una batalla en las calles de Burgos.

Aquella misma noche el Ayuntamiento en pleno se reunió bajo la presidencia de su alcalde don Emiliano de la Vega, exclamando al abrirse la sesión: «Señores bajo el nombre sacrosanto de la Religión hay demonios en Burgos que introducen el veneno del fanatismo. Un sacrilegio acaba de cometerse a las puertas de un templo, en un lugar de santidad. Han asesinado a nuestra primera autoridad que por serlo así, representa también la autoridad de Dios mismo».

La prensa de Madrid y parte de la de España había exagerado, vilmente, algunos pormenores del crimen, presentado con tintes sombríos a la ciudad y el pueblo de Burgos. Nada más lejos, sin embargo de la verdad y para rebatirlo el Ayuntamiento volvió a reunirse el día 27, dos fechas después del asesinato. Se trataba de la obra de unos insensatos enardecidos problemente con unas copas de vino que les sentó mal, pero el noble pueblo de Burgos en todas sus ideologías estaba muy ajeno a tan reprobable magnicidio. No se trataba aquí por lo tanto del caso de Fuenteovejuna. Debían existir culpables muy individualizados que el gobierno por su parte prometió castigar ejemplarmente.

Otra carta del tío Ciriaco a mi abuelo, fechada en Montevideo el día 18 de abril, decía: «Veo por la tuya las consecuencias del horroroso asesinato del gobernador. Me admira la suerte de que en otro tiempo podía llamarse el prohombre del barrio de vega, verle hoy sumido en un presidio. ¡Infeliz, cuánto más le valiera no haber salido de entre las botellas y licores! No me choca menos la suerte de X. Sus hijos fueron discípulos míos en el Instituto..., pues parecía un hombre que con nadie se metía e incapaz de hacer mal a nadie».

No quiero recordar exactamente a quien se castigó o si no se llegó a ello por no poderse probar quienes fueron en realidad todos los autores de este hecho.

Pocos días después, se trasladaron los restos del gobernador a Madrid, y la comisión burgalesa entre cuyos componentes se contaba mi abuelo se hospedaron en el hotel llamado de Embajadores. Fueron a visitar al general Prim. Imponía la presencia de aquel militar que todavía guardaba en el recuerdo de los españoles la aureola legendaria que le dieron desde muy joven una larga serie de campañas, pero especialmente en Africa la batalla de los Castillejos. Su presencia era enérgica y a la vez afable pero muy franca. Hablaba todavía con cierto acento catalán. Les prometió proveer de buenas armas a las compañías cívicas de los defensores de la libertad. Yo pienso que dado el carácter tan aventurero del general Prim en el fondo no le impresionaría demasiado el asesinato del gobernador de Burgos.

Aquel invierno, en nuestra ciudad, se presentaba sombrío y duro. La «Universidad de curas beneficiados y coadjutores», dirigiéndose al Ayuntamiento se había quejado de su extraordinaria penuria y situación aflictiva. Los ediles que actuaban, como era costumbre tradicional en Burgos, con un escrúpulo excesivo en todo lo referente a la administración, se lamentaban también de haberse agotado los recursos denominados del «coloño», y que no podían ayudar a esos obreros. Llamaban «coloño» a una especie de colocación temporera durante aquellos durísimos meses invernales del clima burgalés, para que a los obreros parados, que eran legión, se les facilitasen trabajos de recoger o transportar materiales mediante un cesto y un jornal de cuatro reales que el Ayuntamiento les proporcionaba. Cuando los recursos del municipio no alcanzaran para remediar esta necesidad, imprimieron unas chapas que ponían sobre los gorros de los coloñeros y mendicantes que decían: «Pobre de solemnidad». De esta forma se les autorizaba casi oficialmente a pedir limosna hasta que el tiempo bueno regresaba.

Mi abuelo, durante el mes de junio de aquel mismo año, firmó con otros concejales o regidores su abierta oposición a que se trasladasen los huesos del Cid al panteón de hombres ilustres de Madrid; dicha petición había sido hecha y ordenada por el ministro de Fomento. Aquellos hombres debieron de pensar que, si nos quitaban al Cid y a sus glorias pasadas, nos íbamos a quedar únicamente y por todo patrimonio, con los pobres obreros del coloño.

El 11 de junio intervino mi abuelo en nombre del Ayuntamiento pidiendo angustiosamente el indulto de un soldado de caballería llamado Manuel López Beltrán, al que iban a ajusticiar en garrote vil y pública-

mente en las eras de Santa Clara; un lugar fuera de la ciudad, aproximadamente donde ahora está la calle del General Mola, pero relativamente concurrido porque las gentes desocupadas, que eran muchas, les gustaba acudir a aquel sitio para ver pasar el tren. «Si el indulto no se concede, que se ejecute por lo menos a ese pobre joven en un lugar más discreto, como es el de las tapias del cementerio de San Pedro y San Felices». De todas formas se consiguió una colecta para que se le hiciese un entierro, si llegaba el caso, y unos sufragios por su alma.

Todavía, entre otras cartas de aquel mismo año dirigidas siempre desde Montevideo por mi tío Ciriaco a mi abuelo, hay una en la que comenta los pretendientes al trono, hablando principalmente de los Mompensieristas (Duque de Mompensier), que mi tío llamaba Cañn. Sabemos que Napoleón III había aleccionado a Prim para que de ninguna forma ciese la Corona española ese Orleans de Mompensier. (3)

En otra carta de mayo de 1870, dice así: «Veo con sentimiento la reseña política que haces de nuestra patria y el estado lastimero a que la han conducido sus gobernantes, obra hija naturalmente, de sus desmedidas ambiciones.

El escrito del 16 de agosto de aquel mismo año, es casi profético: «Por los diarios aquí recibidos, observo la anarquía en que se halla el viejo mundo y los desastres sufridos por las armas francesas, como también la proclamación de la República en Francia. En España no creo que tarde tampoco mucho en proclamarse, pero considero que la República en nuestro país ha de tener muy poca estabilidad».

Las misivas siguientes o no han aparecido o son más espaciadas y terminan por perderse. La obsesión del tío Ciriaco era poder volver un día a Palenzuela, y con esta esperanza se quedó. Creo, por antiguas referencias familiares, que allí constituyó una familia y que jamás salió ya de Montevideo, donde ahora existe una descendencia muy abundante en tercera y cuarta generación, que probablemente no nos conoceremos nunca.

Pero antes de cerrar estas cuartillas con la pretensión de revivir unas cartas que evocan un reflejo histórico, sentí un incontenible deseo de acudir a Palenzuela. Hacía casi cuarenta años que no había entrado en aquel pueblo. Era una tarde de domingo del primer día de primavera. Me costó reconocer la casa de mis antepasados. Estaba casi hundida; las ventanas y el balcón sin cristales, como muchas otras casas del pueblo. Unas muchachas me dijeron que, últimamente, más de la mitad de los habitan-

(3) Los manejos políticos de Prim y sus enjuagues dinásticos, influyeron indirectamente también y no poco en la guerra franco-Prusiana del 70.

tes habían emigrado. La historia se repite con misteriosas cadencias, con la ventaja en estos tiempos de que las Américas no distan más de unas decenas o muy pocas centenas de kilómetros del pueblo.

Sin embargo, Palenzuela, casi desierto, con sus preciosas ruinas, con su aspecto de muerte, me ha dejado una impresión de grandiosidad exquisita. El cerro, árido y de blancura grisácea, donde se asienta el caserío, muy bien pudiera haber inspirado una de esas bellas sinfonías de Rinski y Korsacof. Las nervaduras sin bóvedas de unas ruinas cistercienses acentuaban con mayor fuerza nuestro pensamiento. Entré en la parroquia, que apenas tiene ya fieles que albergar. Cuando yo penetré, unas mujeres enlutadas, seguramente las más viejas del lugar, andaban rezando un Vía-Crucis, porque estábamos en Cuaresma. Quise unirme a ellas en el camino de la Cruz y con unas oraciones meditar ese símbolo de resistencia y de esperanza que preside nuestro paso actual de cristianos por el mundo, en lo esencial poco más o menos igual al de aquellos emigrantes que nos engendraron y precedieron, y que ahora sus nietos pueblan otros continentes hispanos. Cuando salimos, una luz uniforme, fuerte, de contrastes a la vez ásperos y delicados, envolvía al caserío de piedra y barro y lo fundía con la imponente aridez de su cerro.

No había apenas color, pero sí una transfiguración de destellos de claridad penetrante, modelados en confusión de ruinas y de tierras blancas, como una osamenta que, resquebrajada por los hielos, se calcinase al sol; al sol que todo lo renueva y vivifica.

Entonces pensé: ¡Qué lugar tan ideal para que los muertos resuciten!

PRÓSPERO GARCIA GALLARDO